

II Domingo de Cuaresma (16-03-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo hacemos un camino con el Señor como lo hemos comenzado ya la semana pasada, tratando de aprender de Él y de reconocer que, solo si caminamos junto al Señor y tenemos en cuenta lo que Él nos ayuda, nos dice, podemos ir también creciendo como cristianos y haciéndonos más profundamente unidos a Dios y actuando en nuestro mundo de la mejor manera.

El Evangelio de Lucas (9,28b-36) nos dice que Jesús escogió a algunos de sus discípulos, a tres: Pedro, Juan y Santiago, que eran los mayores, los más “recorridos” del camino que Jesús realizó con nosotros. Y, sobre todo, Él quiere que aprendan a hacer algunas cosas como, por ejemplo, orar, pero, para eso, no les dice simplemente “oren”, sino que Él ora, toma la iniciativa para intensamente mostrarle a sus discípulos cómo se ora. Y, es interesante que mientras ora, *su rostro cambia y sus vestidos brillan de blancos*. Esto es muy importante porque, entonces, la oración que Jesús nos transmite es una intensa entrada en Dios, su Padre, y es una invitación a que, aquellos que lo acompañan, como nosotros, aprendamos a vivir de esta manera.

Esto también es importante porque, a veces, nosotros pensamos que la oración es una cosa rápida que se pasa así sin más, y no tiene ninguna consecuencia en nuestras

experiencias. Y, aquí, lo precioso es que Jesús mismo, siendo Hijo, transparenta al Padre con este brillo, con esta belleza de su rostro. Pero, simultáneamente, este momento tan especial, como una especie de gloria anticipada, se ve inmediatamente contrastado con dos hombres que conversan con Jesús. Esos son Moisés y Elías, los dos expertos en el camino. ¿En qué camino? En el camino del peligro, en el camino del desierto.

Y, por eso, entonces, hablan con Él sobre lo que le va a pasar en Jerusalén. Quiere decir que toda esa experiencia preciosa de oración no termina solamente en su preciosidad, sino que se realiza como preciosidad en el futuro inmediato y difícil que se viene. Y, sin embargo, ellos como que conversaran para mostrarle a Jesús el camino difícil que viene y, simultáneamente, la esperanza, porque ambos salieron de la situación difícil del desierto. Moisés, que llegó a caminar en el desierto, llegó a Horeb y se dictó la ley en el Sinaí; y Elías, que llegó al monte también y dentro de ese monte el Señor se le reveló, en la brisa suave de la tarde, a pesar de la persecución que sufrió.

Qué interesante, las terminaciones felices pasan por antecedentes de caminos difíciles, pero la gloria se recibe, el bien se consigue siempre como un don que uno, siendo fiel, camina persistentemente, dejándose llevar como lo va a hacer Jesús. ¿Cuál es la reacción de nosotros? En este caso concreto ¿de los discípulos?

Dice el Evangelio que Pedro y sus compañeros “se caían de sueño”. Es decir, como que hay una cosa intensa, profunda, pero ellos están “en la suya”. Todos somos personas que

seguimos a Jesús como somos nosotros: con nuestros sueños, nuestros errores, nuestras pasiones, también con nuestros miedos y con nuestras demoras. Y esto es muy importante, entonces, porque no se nos toma aquí como personas perfectas, sino al discípulo como una persona con sus límites.

Y dice el texto que vieron la gloria, inclusive, a los dos hombres que estaban ahí mientras estos se alejaban. Y Pedro es el único que dice lo que les está pasando a pesar del sueño, y reconoce que están gozando de una maravilla. *“¡Qué bien se está aquí! Haremos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”*. No solamente Pedro piensa en el goce que tiene, sino que quiere compartirlo con los demás. Está ahí administrando el reino del cual va a tener las llaves. Sin embargo, dice el texto, que “no sabía lo que decía”.

¿Y qué es lo que significa esto? Que siempre nosotros en la fe nos hacemos imaginaciones propias, algunas de ellas pueden ser muy deleitosas y bonitas, pero no son suficientes porque hay muchas cosas más, sobre todo, cuando gozamos, como en los domingos, venimos a la misa, cantamos, vivimos una experiencia preciosa, pero tenemos que saber que esa experiencia preciosa es un alimento para poder seguir caminando. Y, a veces, como que nos queremos evadir, nos queremos quedar encerrados en la iglesia.

Eso pasa en muchos cristianos ante una situación tan difícil que pasa en el mundo, en donde el mundo, con todos los problemas que tiene, nos asusta y preferimos quedarnos

“encerrados” en nuestra catedral. Pues la catedral es para que sea un corazón. Es una palabra que yo la refiero al Cardenal Barreto que decía que el CAPU, la capilla de la Universidad Católica era el corazón de la universidad. ¿Por qué razón? Porque vamos a la capilla y luego salimos para servir, estudiar mejor, hacernos más de los problemas.

“Sístole” y “diástole”; eso es también la misa, esa es también la oración y toda la fe cristiana que se reúne los domingos alegremente para gozar de la gloria del Señor; pero, simultáneamente, no para quedarse ahí, no para traer nuestra cama y nuestras frazadas y quedarnos acá. Nos alimentamos del Señor para ir a anunciar lo que hemos vivido, y eso implica dificultades también. Es la responsabilidad cristiana lo que está en juego aquí y por eso dice: *“no sabía lo que decía”*, es decir, Pedro se quería quedar.

Esto es muy importante porque, por ejemplo, los padres scalabrinianos que están todos aquí (han venido unos treinta para recordar los veinticinco años de presencia en el Perú), ellos viven siempre “en misión”. Es verdad que tienen las casas scalabrinianas, pero para huéspedes, para apoyar a la gente migrante, y migran con ellos y van por los pueblos. Ellos han aprendido a ser responsables de los demás y, en cierto modo, todos estamos convocados también a una fe cristiana peregrina, a una fe cristiana que acompaña en el camino.

Por eso, el primer gesto del Papa Francisco fue ese: ir a las periferias, fue a la isla de Lampedusa donde llegan miles de migrantes a Europa. Y, hace poco, ha levantado la voz ante

la pretensión de que los migrantes no formen parte de los pueblos, y se les empiece a marginar de ciertos países. El Papa es el primero en levantar la voz, y eso no gusta, pero es la manera de decirnos que somos todos responsables y nadie se puede “lava las manos”.

Dice el Evangelio que, después, llega una nube sobre los discípulos que los cubre, y esa nube es como una especie de nube para salir. Y, entonces, ellos se llenan de miedo, como todos nosotros cuando nos cubre la “nube” de la responsabilidad y nos asustamos. Pero de la nube sale una voz, y esa voz nos dice también a nosotros: “Este es mi Hijo escogido, escúchenlo”. Es muy interesante porque la vida cristiana es, entonces, una permanente ascensión de la vida en sus problemas, tener momentos intensos de oración, de comunidad, de crecimiento humano y espiritual y, simultáneamente, de salir, pero no solos, sino acompañados por la Palabra de Jesús.

Una de las cosas más fuertes que tenemos hoy día en el mundo es que no escuchamos a Dios y menos escuchamos a Dios en el medio de los problemas y los llamados de las poblaciones, de los pueblos, de la gente sencilla. Hace tiempo estamos diciendo que estamos entrando en una nueva etapa en donde tenemos como una especie de clamor por mayor “humanidad”, clamor por ser mejores humanos. El tema principal que se viene para todos los pueblos del mundo es cómo somos mejores humanos porque nos estamos destrozando como humanidad. Todo lo estamos tomando a la ligera, todo lo estamos tomando sin la seriedad que tiene la vida.

La vida que aparece en las redes, la vida que aparece en los juegos, se muestra en la rapidez con que actuamos, que no corresponde a la necesidad de lentitud humana para comprender y para crecer. La vida necesita tiempo. Y para eso necesitamos, entonces, así como el Señor se toma con sus discípulos un momento para ir a poder contemplar y mostrarles el camino, también necesitamos tiempo para comprender entre nosotros distintos problemas. El mundo no puede seguir tan acelerado.

Vengo de una reunión que tuvimos en Roma, en donde los científicos ya le han puesto fecha al fin del mundo si es que no hacemos algo para detener la aceleración. Conforme los humanos hemos ido tomando posesión de este mundo, el mundo ha ido acelerándose y calentándose, y estamos atrayendo a todo lo que calienta. Por eso están creciendo los incendios por todos lados, y si no hacemos una desaceleración, nosotros mismos estamos cavando nuestra propia tumba.

Hermanos y hermanas, estamos llamados a recapacitar, y ahí está la Palabra del Señor que entra en nosotros y nos ayuda a poder reflexionar y decidir de otra manera. Esta voz, que es la voz del Padre, que nos habla de que escuchemos a Jesús, muestra a Jesús luego absolutamente solo, sin aquellos personajes. Esto llevó a los discípulos a guardar silencio y, en ese momento, no contaron a nadie lo que habían visto.

Aunque, seguramente, los discípulos después lo contarían, es muy importante que hayan mantenido silencio en su momento, porque es en el silencio en donde podemos

profundizar y empezar a vernos a los ojos. Todos hemos sido concebidos en el silencio del amor de nuestros padres. Para que haya vida se necesita el silencio que contemple, el amor intenso que se muestra y se expresa en la fecundación. Y necesitamos, hoy día, urgentemente, en el mundo, tomarnos tiempo de silencio profundo para que el Señor entre en nosotros y podamos escuchar su Palabra y actuar conforme a él, fecundamente.

Por eso, hoy día vamos a unirnos en esta intensidad de la cuaresma. La cuaresma es para profundizar, no para hacer una cuaresma a la ligera, apurada. Si no tienen tiempo para hacer todos los ritos de la cuaresma, por lo menos oren en silencio. Evidentemente que hay muchos ritos interesantes en la cuaresma y tenemos que participar en las liturgias porque nos ayuda, nos alimenta. Pero esas personas que tienen que hacer mucho, por lo menos, que la cuaresma sea un silencio profundo para entendernos.

Una de las cosas más valiosas que el Señor nos muestra y que los evangelios y la Biblia nos presentan es que Israel y los primeros cristianos se dedicaron a recordar y escribir la historia de lo que pasó. Y una de las cosas que menos hacemos hoy día en el mundo es conocer nuestra propia historia desde nuestros orígenes, nuestras inclinaciones, los valores que tenemos. ¿Cuántos aquí hemos escrito nuestra historia personal? Piénsenlo bien, o es que la hemos pasado a la ligera. Ya tenemos cincuenta, sesenta y mas años y seguimos sin haber reflexionado nunca sobre cómo nacimos y crecimos, de qué familia vinimos, qué problemas tuvimos, qué esperanzas lindas hubo, qué amistad tuve.

Necesitamos escribir nuestras historias y contárnoslas con tranquilidad, y no solamente publicar aquí y allá cosas para simplemente ser famosos. Es impresionante cómo nos gusta aparentar y aparecer, pero poco nos gusta “ser”. Y lo que importa es **ser** y crecer a partir de lo que somos, reconociendo lo que somos, no inventando lo que no somos.

Por eso, hoy día, vamos a darle gracias al Señor porque nos baja a la realidad. Nos hace ser cristianos y vivir un cristianismo, una fe cristiana y una Iglesia realista, concreta, capaz de aterrizar en los problemas porque tenemos la ayuda de la Palabra del Señor, que está presente entre nosotros y que se puede discernir gracias al evangelio. Y, por ser una historia, puede uno confrontarla con la de otro.

Para eso se escribieron los evangelios: es la historia de Jesús para poder confrontarla con nuestra historia y sacar conclusiones interesantes, inspirarnos en ella, compartiendo.

Hermanos y hermanas, que este camino de la cuaresma siga creciendo en nosotros, y así como estos días hemos rezado intensamente por el Santo Padre, hagamos un esfuerzo mucho mayor, un poquito más, para que pronto lo tengamos muy sanito. El Papa ya está recuperándose y haciendo decretos; hoy nos acaba de dar un decreto excelente. Ha normado hasta el 2028 la organización de lo que va a ser la Iglesia sinodal en todo el mundo. Y, por lo tanto, todas las iglesias entran en conversación, en reforma. Ya en Lima hemos comenzado un poco antes, pero vamos a hacerlo en todas las diócesis del mundo para que nuestra Iglesia esté a la altura de acompañar a la humanidad con la

Palabra de Dios, y así todos podamos ser importantes como lo quiere el Papa.

Como el Papa dijo siempre: aquí todos valemos, todos somos importantes. Hay que tener en cuenta a “todos, todos, todos” para poder construir esta Iglesia que pueda hacer servicio a un mundo muy complicado pero que necesita aliento y esperanza.

Que Dios los bendiga y ahora recitemos juntos el Credo de nuestra fe que nos alienta a seguir caminando juntos.